esos sistemas filosóficos, en los cuales suponia V. tendencias espiritualistas muy sanas, y hasta muy conformes con la enseñanza del cristianismo. Así habrá podido V. rectificar, ó mejor diré, variar la opinion que habia formado sobre el clero católico de Francia, imaginándose que sus clamores contra el veneno de alguno de los gefes de la Universidad, eran declamaciones fanáticas, nacidas únicamente del espíritu de intolerancia, y del empeño de encerrar el entendimiento humano en los límites prescritos por el antojo de los eclesiásticos. Ahora, para en adelante, me tomaré la libertad de advertirle á V. que cuando lea en alguna de nuestras publicaciones científicas y literarias, fallos magistrales sobre este linage de materias, no se deje V. sorprender fácilmente por el tono de seguridad con que se espresa el escritor; que las mas veces, lejos de enterarse á fondo del estado de la cuestion, no hace mas que traducir al pié de la letra las palabras de algun periódico de allende los Pirineos. Y como quiera que los que mas en boga andan en ciertas regiones, no son los mas adictos á las doctrinas católicas, acontece que el fallo emitido con aire de imparcialidad y de pleno conocimiento de causa, es copia literal de una de las partes, sin que el escritor español se haya tomado la pena de escuchar los descargos que hubiera alegado la otra. Pero basta de la filosofía de Schelling, Hegel y Cousin, pues que si mucho no me engaño, debe de estar V. medianamente fatigado con la *sustancia universal y las trasformaciones, y los fenómenos, y el ser único que se revela á sí mismo en la conciencia humana, y semejantes abstracciones* de la alta concepcion de esos filósofos que se levantan á inmensa altura sobre el resto de la humanidad, olvidándose en su atrevido vuelo, de llevar consigo las nociones del sentido comun. Nosotros, que á tanto no alcanzamos, cuidaremos de no desviarnos hasta tal punto de los senderos trazados por una razon juiciosa; sin que nos importe mucho el que se nos diga que recibimos la inspiracion de *musa pedestre*. Entre tanto vea V. en qué puede complacerle este su atento servidor Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XI.

Mi estimado amigo: tengo particular complacencia en que su apreciada de V. me ecsima ahora para siempre, de hablarle de la filosofía alemana y de la francesa, que es una imitacion de la misma. Ya tenia yo un presentimiento de que su juicio de V. naturalmente recto, amante de la verdad y enemigo de abstracciones, no habia de avenirse muy bien con ese lenguaje simbólico y esos pensamientos fantásticos, con que los buenos alemanes han engalanado la filosofía, sin duda en los ratos de ocio que les habrá proporcionado en abundancia su clima de escarchas y de niebla. Estraña V. con razon que esta filosofía haya podido cundir en Francia, donde los espíritus propenden mas bien al estremo opuesto, es decir, á un positivismo sensual y materialista. Yo creo que esto ha sido una especie de necesidad, supuesto que habiéndose desacreditado tan completamente la filosofía volteriana, érales preciso á los que querian echarla de filósofos, cubrirse con un manto mas grave y magestuoso; y como quiera que no tenian ganas de seguir á los buenos escritores que les habian precedido en su mismo pais, menester fué dirigir las miradas allende del Rhin y traer con grande ostentacion en medio de un pueblo caprichoso y novelero, los sistemas de Schelling y Hegel, como portentosos inventos que hubiesen hecho progresar de una manera admirable al ingenio humano. Por lo demas, si he de decir francamente lo que pienso, opino que el génio francés no se acomodará bien con la filosofía alemana, que descubrirá lo que hay en su fondo, á saber, el panteismo; y que sin detenerse mucho en sutilizar y cavilar sobre la *sustancia universal y única*, llegará pronto á la última consecuencia, que es el puro ateismo, sin los ambages de palabras misteriosas. En deduciendo este resultado, observará que nada se le dice de nuevo sobre lo que le enseñaran sus filósofos del siglo pasado; desdeñará, pues, esta filosofía que se apellida nueva, como un plagio de otra

envejecida y caduca; y entonces será preciso andar en busca de otros manantiales de ilusion, para dar pávulo, siquiera por algun tiempo, á la curiosidad de las escuelas y á la vanidad de los maestros. Esta es la historia del entendimiento humano, mi querido amigo; recorra V. sus páginas, y notará desde luego que el fenómeno que nosotros presenciamos, es la reproduccion de lo mismo que vieron los siglos anteriores. No es poco el provecho que de aquí sacan los hombres religiosos, pues que contemplando la versatilidad del entendimiento humano, comprenden mucho mejor la necesidad de una guia en medio de las ilusiones y estravíos.

Casi me ha sorprendido el argumento que V. me propone contra la verdad de nuestra religion, fundándose en que contrariamos con nuestras doctrinas uno de los sentimientos mas indelebles y al propio tiempo mas inocentes que se abrigan en nuestro pecho: el amor propio. Me han hecho gracia las cláusulas en que V. desenvuelve sus ideas; las razones en que se apoya, serian ciertamente muy fuertes, si no estribasen en una suposicion falsa, y por lo mismo no fueran como edificio sin cimiento. "Yo no sé, dice V. en su apreciada, qué espíritu misantrópico reina entre los católicos, que todo lo cubre de negra tristeza. Vds. no quieren que se hable de nada terreno; no permiten que se piense en las cosas de este mundo, anonadan, por decirlo así, el universo entero, y cuando lo tienen sacrificado todo á su tétrico sistema, cuando han logrado dejar al hombre aislado en espantosa soledad, quieren que él se revuelva contra sí propio, que se niegue, que se anonade tambien á sí mismo, que se despoje de sus sentimientos mas íntimos, que se aborrezca, haciendo un esfuerzo cruel contra los mas vivos instintos de su naturaleza. ¡Pues qué! ¿Dios Criador será contrario de Dios Salvador? Dios que nos ha comunicado el amor de nosotros mismos, que lo ha escrito en nuestras almas con caractéres indelebles; ese mismo Dios, cuando obra como dicen Vds. en el órden de la gracia, ¿se complacerá en obrar contra sí mismo como autor de la naturaleza? Estas son cosas que yo no he podido comprender nunca; y difícil se me hace el creer que V. consiga disiparme las tinieblas que en esta parte me impiden conocer la verdad. Bien se me alcanza que V. se me ha de descolgar con un elocuente sermon sobre la miseria y la iniquidad del hombre: sobre los justos motivos que tenemos para profesarnos un ódio santo; pero desde luego le prevengo á V. que esa santidad yo no puedo desearla, que por mas débil y vano y malo que me conozca, yo no puedo menos de quererme, y que comparando mi nada con la elevacion de los querubines, mas aficion me siento, mas amor á mi menguado ser, que no

hácia aquellas elevadas inteligencias que diz que rayan muy alto allá en las gerarquías celestiales." El tono de seguridad con que V. se espresa, me hace entender que tiene V. aquí algo mas que dudas, pues segun parece abriga verdaderas convicciones; y no lo estraño, supuesto que estriba V. en un principio falso, lo da por cierto, y sobre él levanta el edificio de sus discursos. Algunas palabras que habrá leido V. en ciertos libros místicos las ha tomado al pié de la letra; y de aquí el achacar á la religion doctrinas que ella no profesa.

¿Quién le ha dicho á V. que el cristianismo condena el amor propio, entendiendo esta condenacion en un sentido riguroso? Hé aquí el vacío que ha dejado V. en sus raciocinios: no se ha cuidado de asegurarse bien del principio en que los apoyaba, y así creyendo construir sobre base sólida, ha formado como suele decirse un castillo en el aire. No es la primera vez que esto acontece á la Religion, pues sucede muy á menudo que para combatirla se forman fantasmas, y contra ellos se pelea llamándolos hijos suyos, cuando no son mas que creaciones del pensamiento del mismo que la ataca. No quiero yo decir que V. haya procedido en esta parte de mala fé; estoy seguro que padece una equivocacion que reconocerá tan pronto como yo se la ponga de manifiesto; y esto me lisonjeo de poder lograrlo, no obstante lo que V. dice de que ha de ser difícil disipar las tinieblas que le impiden el conocimiento de la verdad. Por lo que toca á descolgarme con el elocuente sermon sobre la miseria y la maldad del hombre, me parece que debiera V. vivir tranquilo, cuando hartas pruebas le tengo dadas de que no soy aficionado á declamaciones de ninguna clase. Pero vamos al punto de la dificultad.

Es falso que la Religion nos prohiba el amarnos á nosotros mismos; y tan falso es, que antes al contrario, uno de sus preceptos fundamentales es este mismo amor. Para convencerle á V. no necesito mas que el catecismo. Creo que no se le habrá olvidado todavía aquello de que debemos amar al prójimo como á nosotros mismos, en lo cual está consignado de la manera mas esplícita el precepto del amor que cada cual debe profesarse á sí propio. Este amor se nos da por modelo del que debemos tener á los prójimos: y claro es que el precepto seria contradictorio, si se nos prohibiese ese mismo amor, que ha de servir de dechado y como de norma, para arreglar el que debemos á los otros.

¿Sabe V. que aquel principio que corre muy valido en el mundo de que la caridad bien ordenada comienza por sí mismo, está espresamente consignado en todos los tratados teológicos que se han

escrito sobre la caridad? En ellos se esplica el órden que ésta debe seguir segun son diferentes las relaciones con los objetos á que se estiende, y siendo el primero y principal Dios, el segundo somos nosotros mismos.

Por el pronto ya ve V. que quedan desbaratados todos sus raciocinios, ya que he negado redondamente el principio en que estribaban, aduciendo en pro de mi negacion pruebas tan claras y sencillas que V. no podrá desechar; sin embargo, quiero ampliar mis ideas sobre este punto, haciendo de ellas aplicaciones que le dejen á V. cumplidamente satisfecho.

Otra vez volveremos al catecismo: en él se nos dice que el hombre es criado para amar y servir á Dios en esta vida y gozarlo en la eterna bienaventuranza. Ahora bien; todas nuestras acciones tienen por fin: Dios y nuestra felicidad eterna. ¿Quien desea ser eternamente feliz, no se ama á sí mismo? ¿Quien tiene la obligacion de trabajar toda su vida para alcanzar esta felicidad, no tiene la obligacion tambien de amarse muchísimo á sí mismo? ó mejor diré, ¿estas dos obligaciones no se refunden en una sola? El cristiano tiene por dogma de fé que esta vida es un tránsito para la otra; si desprecia lo terreno, si no hace caso de las vanidades del mundo, es porque todo es pasagero, todo es nada en comparacion de la dicha que tiene prometida, para despues de su muerte, si procura merecerla con sus buenas obras: sus bienes, su salud, su vida, su honra, todo debe perderlo antes que empañar su conciencia con un solo acto que le cerrara las puertas del cielo; pero en esa abnegacion, en ese desprendimiento de sí mismo, queda salvo el amor propio bien ordenado, pues se desprecia lo poco por alcanzar lo mucho, se abandona lo terrenal por obtener lo celeste, se deja lo temporal por ganar lo eterno. Bien ecsaminadas las doctrinas cristianas, se encuentra que hermanan y armonizan de una manera admirable el amor de Dios, el de sí mismo y el del prójimo; y por consiguiente es de todo punto falso que esta inclinacion natural que nos lleva á amarnos á nosotros mismos, quede destruida por la Religion; es rectificada, bien ordenada, purificada de las manchas que la afean, preservada de los estravíos que pudieran perderla, dirigida al supremo fin, infinitamente santo, infinitamente bueno, que es Dios.

¿Cómo se entiende, pues, esa muerte del amor propio de que están hablando los autores místicos? Se entiende la estirpacion de los vicios, el refrenar las pasiones, el guardarnos del orgullo; en una palabra, el cuidar que el amor del hombre sensual no dañe al hombre moral. El hacer que prevalezca lo superior sobre lo inferior, no es

matar el amor, sino hacerle obrar en un sentido conforme á la ley eterna y altamente provechosa á nosotros mismos: quien se abstiene de una comida á la que se siente incitado por su apetito, si lo hace con el fin de evitarse el daño que de ella teme, ¿podrá decirse por ventura que no se ame, que se aborrezca á sí propio? Se dirá con mucha verdad que se priva de un gusto; pero esta privacion dimana del mismo afecto que tiene á la conservacion de la salud, y por lo mismo procede de este mismo amor propio bien entendido, que le induce á sacrificar lo menos á lo mas, y no le permite dañarse la salud por complacer el apetito del momento. Con este ejemplo tan sencillo, y que presenciamos todos los dias sin que nos cause ninguna estrañeza, se esplican fácilmente las relaciones de las doctrinas con el amor propio, no siendo necesario mas que estender el mismo principio á objetos elevados, y considerar que la norma que ha dirigido una accion particular es la misma con que se ordena toda la conducta del cristiano.

"¿Pues cómo se dice que nos aborrezcamos á nosotros mismos?" Ese aborrecimiento no se refiere ni puede referirse sino á lo que hay en nosotros de malo, ya sean actos ó hábitos pecaminosos, ya sea ciertas inclinaciones que tienden á apartarnos del camino de la ley de Dios; pero de ninguna manera debemos ni podemos aborrecer nuestra naturaleza en lo que tiene de bueno, en lo que es obra de Dios; antes al contrario, debemos amarla, y la prueba de que es así está en que debemos aborrecer el mal que haya en ella, y aborrecer el mal de una cosa es desear su bien, es amarla.

Ya sabe V., mi estimado amigo, que de las reglas dadas para la conducta de los cristianos, unas son preceptos, otras consejos; la observancia de las primeras es necesaria para la eterna salvacion, la de las segundas contribuye á hacernos perfectos en esta vida, y á merecernos mas alto grado de gloria en la venidera; mas no nos obliga de tal suerte que si lo omitimos nos hagamos reos de culpa. Esto mismo se aplica á la conducta con respecto al amor propio: por los preceptos estamos obligados á abstenernos de toda infraccion de la ley de Dios, por mas que á ello nos impulsen nuestros apetitos desordenados, así como debemos sacrificar el placer que nos resulta de la satisfaccion de las pasiones, cuando se trate de ejercer un acto espresamente mandado en la ley divina: á sofocar de esta manera el amor propio todos estamos obligados; si no lo hacemos así, tenemos por dogma que no nos será otorgada la vida eterna, antes sí un castigo que no tendrá fin. Pero hay ciertas abstinencias, ciertas mortificaciones de los sentidos, que no entran en el órden de los preceptos, y pertenecen solo al de los consejos.

Estas mortificaciones las vemos practicadas con mas ó menos rigor por las personas que desean caminar hácia la perfeccion, y en algunos santos hallamos la austeridad conducida á tan alto punto que nos asombra y aterra. Mas en estos mismos santos no estaba ahogado el amor bien entendido de sí mismos: se entregaban sin tasa á la penitencia, ya para purificarse cumplidamente de sus faltas, ya tambien para hacerse mas agradables al Señor ofreciéndole en holocausto sus sentidos, su cuerpo, todo cuanto tenian y todo cuanto eran; pero estos hombres estraordinarios ¿se olvidaban por ventura de sí mismos? Se olvidaban sí del hombre sensual, ó mejor diremos, le tenian declarada guerra á muerte, abatiéndole, atormentándole como les era posible; pero la razon de esto se encuentra en que le miraban como enemigo del hombre espiritual, como enemigo temible, altamente peligroso, de quien no convenia fiarse ni un solo instante, á quien no se podia soltar la cadena del cuello sin el riesgo inminente de que se levantara contra su dueño, que es el espíritu, y le redujese á esclavitud. Pero la salvacion de su alma, la felicidad eterna en la otra vida, tanto distaban de olvidarla aquellos ilustres penitentes, que antes bien suspiraban incesantemente por ella; ansiaban vivamente que Dios les librase de este cuerpo que los agravaba; así es que el mayor de sus deseos, era disolverse y estar con Cristo. La vision de Dios, la union con Dios en lazos de inefable amor, era el objeto de sus esperanzas, de sus ardientes deseos, de sus continuos gemidos; así es que no puede decirse que se aborreciesen á sí mismos en toda la propiedad de la palabra; sino que se amaban con amor mas bien entendido que el resto de los mortales.

Con las consideraciones que preceden creo que se habrá convencido V. de que estribaba en una suposicion falsa, y de que si intenta continuar sus ataques contra la Religion, considerándola como contraria al amor propio, le será preciso argumentar sobre otros principios. En efecto, desvanecido completamente el error en que V. vivia de que la Religion cristiana nos prohibe amarnos á nosotros mismos, y probado hasta la última evidencia que no solo no nos lo prohibe, sino que muy al contrario nos lo manda, solo le resta á V. un camino, que es probar que la Religion entiende de una manera equivocada el amor propio, y que proponiéndose dirigirle y purificarle, le sofoca y le mata. ¿Pero sabe V. en qué terreno se habrá colocado entonces la cuestion? ¿Sabe V. que considerada bajo este aspecto nada tiene que ver con lo que estábamos discutiendo hasta aquí, y que se trata nada menos que de ecsaminar si los preceptos y consejos del Evangelio son justos, son santos,

son prudentes? No creo que V. se atreva á entablar disputa sobre una verdad generalmente reconocida hasta por los mas violentos enemigos del cristianismo. Ellos niegan sus dogmas, se burlan de sus ceremonias, se rien de su gerarquía, desprecian su autoridad, la consideran como un mero sistema filosófico, despojándole de todo carácter sobrenatural y divino; pero en llegando á su moral, todos están acordes en que es pura, en que es admirable, sublime, en que es superior á la de todos los legisladores antiguos y modernos, en que se halla en íntima armonía con la luz de la razon, con los mas nobles y bellos sentimientos que se albergan en nuestra alma, en que es la única digna de reinar sobre la humanidad y de dirigir los destinos del mundo; de suerte que cuando entregados á sus vanos pensamientos forjan allá en su mente cristianismos reformados ó religiones totalmente nuevas, todos adoptan como modelo de su moral lo enseñado en el Evangelio, y aun cuando quizás en el fondo de su corazon profesen con respecto á la moral misma, doctrinas degradantes y altamente funestas, no se atreven por lo comun á esponerlas en público, y se deshacen en elocuentes elogios de la dulzura, de la santidad, de la elevacion de las mácsimas salidas de la boca de Jesucristo.

Se hallará V., pues, en grave conflicto, si se propone dirigir sus ataques sobre este punto; y así es que me atreveré á darle un consejo, que bien lo han menester la mayor parte de los que inculpan á la Religion, y es, que al juzgar alguno de sus dogmas ó mácsimas, no se deje V. llevar de esa ligereza que falla sobre los objetos de la mayor importancia, sin haberse tomado la pena de ecsaminarlos con la debida atencion: y que reflecsione que lo que han creido y enseñado y practicado tantos hombres eminentes en talento y sabiduría, sin duda debe de estar muy fundado, y no es fácil que venga al suelo con cuatro observaciones, que por ingeniosas, no dejan de ser estremadamente fútiles. Creame V.: cuando se le ocurran argumentos de esta clase, que con tanta facilidad le parecen derribar alguna verdad religiosa, suspenda V. el juicio; no se precipite; medite, ó lea ó consulte; que bien pronto echará de ver que el invencible Aquiles no tiene mas fuerza que la que le suministra una suposicion falsa, ó un raciocinio mal trabado. No dudo que se habrá V. convencido, de que si con el tiempo se resuelve á volver al seno de la Religion podrá V. amarse á sí mismo. Entre tanto viva V. seguro del afecto de este S. S. y amigo Q. B. S. M.

J. B.